REVELACION Y ENCUENTRO CON CRISTO

Al analizar los numerosos viajes de Juan Pablo II, con las reuniones y discursos que los jalonan, cabe advertir diferencias y peculiaridades, que obedecen a su adecuación al ambiente y a los problemas del país concreto de que se trate. Pero resulta fácil detectar a la vez algunas constantes, sea respecto a la forma de actuar sea con relación al mensaje mismo. De hecho, a través de las vicisitudes de los años pasados desde el todavía cercano pero ya distante 1978, su Pontificado resulta enormemente unitario, surcado, desde el primer momento, por un proyecto o línea de fondo que unifica las diversas actuaciones.

Uno de los textos expresivos de esa actitud radical es, por lo que se refiere a los pronunciados durante su viaje a España, el discurso dirigido a los teólogos en Salamanca: «La situación de la cultura actual, dominada por los métodos y por la forma de pensar propios de las ciencias naturales, y fuertemente influenciada por las corrientes filosóficas que proclaman la validez exclusiva del principio de verificación empírica, tiende a dejar en silencio la dimensión trascendente del hombre, y por eso, lógicamente, a omitir o negar la cuestión de Dios y de la revelación cristiana». «Ante esa situación —proseguía—, la teología está llamada a concentrar su reflexión en los que son sus temas radicales y decisivos: el misterio de Dios, del Dios trinitario, que en Jesucristo se ha revelado como el Dios-Amor; el misterio de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, que con su vida y mensaje, con su muerte y resurrección, ha iluminado definitivamente los aspectos más profundos de la existencia humana; el misterio del hombre, que en la tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada lleva dentro de sí mismo la pregunta irrenunciable del sentido último de su vida»¹.

1 'Discurso a los teólogos españoles' (Salamanca, 1.XI.82) n. 3.